

Reflexiones sobre Gurumayi Chidvilasananda

No estoy solo

por Michael Emanuel

Las enseñanzas de Gurumayi son tesoros que han edificado los cimientos de mi vida y me han sostenido durante los últimos 38 años. Una enseñanza que está especialmente presente en mi vida llegó durante una memorable visita al Shree Muktananda Ashram a mediados de 1990.

Estaba sentado en el Shakti Mandap, el templo abierto en los terrenos del Áshram, esperando con entusiasmo que Gurumayi llegara a un *sátsang*, y consciente del diálogo que cruzaba por mi mente — un diálogo lleno de dudas. Mis pensamientos transcurrían así: *No soy un buen estudiante de Siddha Yoga. No merezco la gracia del Guru. No contemplo lo suficiente.* Traté de dispersar estos pensamientos diciéndome que era mi ego el que hablaba, pero persistieron. Recordé una enseñanza de Baba que hablaba sobre mi conflicto. Él recomendaba que cuando surgieran pensamientos problemáticos, en lugar de escribirlos en nuestro corazón, deberíamos aprender a dejarlos ir y continuar el camino. Sin embargo, parecía como si yo hubiera escrito estas palabras negativas con tinta indeleble en mi corazón.

En medio de este diálogo interno, Gurumayi entró al Mandap. Cuando comenzó a hablar, yo estaba atento a sus palabras, pero podía sentir que mi mente divagaba todavía. En cierto punto, noté que Gurumayi desplazaba su mirada y veía directamente hacia mí. Sus ojos se posaron en mí como suaves rayos de luz. Parecía que se hubiera desviado del tema principal de su charla al decir: “No estés ansioso, tú estás en la familia de Dios”. Y luego retomó el tema de su charla.

Mi mente se aquietó y los sentimientos que me incomodaban cesaron. Me pregunté si alguien más había notado esta frase breve pero conmovedora a mitad de su charla. ¿Era solo yo el que pensaba que ella había hablado

únicamente para mi beneficio? Eso no tenía importancia. Supe sin duda alguna que las palabras de Gurumayi eran para mí. *“Estás en la familia de Dios”*. Al oír sus palabras, quedé totalmente inmerso en su compañía y en la compañía del *sangham*. Una gran carga había salido de mi corazón. La agitación de mi mente se relajó por su compasión y su amor.

Después de concluido el *sátsang*, miré alrededor a los siddha yoguis y buscadores reunidos en el Mandap y pensé: *No estoy solo. Aun cuando no los conozca personalmente, sé que esta gente me desea el bien, así como yo les deseo el bien en su sádhana*. En esta sencilla frase: “No estés ansioso – estás en la familia de Dios”, Gurumayi me dio un entendimiento más profundo de por qué ella siempre empieza sus charlas diciendo, “Con gran respeto y amor les doy la bienvenida a todos”. Y supe que yo era merecedor de su gracia.

En los años que siguieron, decidí escribir estas palabras de merecimiento en mi corazón. La vida tiene una manera de probar nuestras resoluciones. Un día mi supervisor en el trabajo me llamó a su oficina y me dijo que necesitaba que yo tomara su lugar en una junta importante con unos clientes. Tenía solo diez minutos para prepararme. Él agregó: “Por cierto, estos muchachos son negociadores rudos; van a tratar de meterte el pie”. Y con eso, salió de la oficina.

Me invadió una sensación de minusvalía. Dudé de mi poder para negociar y me cuestioné si tendría la experiencia suficiente para asegurar el trato. Inhalé profundo y repetí el mantra *Om Namah Shivaya*. Mi ansiedad sobre entrar a la guarida de los leones empezó a disiparse. Resolví ver lo mejor en estos clientes. Al entrar al salón de conferencias, me saludaron estrechando mi mano con calidez y sonrisas. A lo largo de la reunión mantuve la conciencia de que la familia de Dios incluía a todos en mi vida. En el lapso de una hora habíamos llegado a un acuerdo que nos beneficiaba mutuamente. Al estrechar su mano para concluir la reunión, agradecí interiormente a Gurumayi por esta enseñanza que me había dado confianza y fortaleza, y había reafirmado mi sentimiento de autoestima.

Pensar en ese momento en el Shakti Mandap, me recuerda la unión eterna entre Guru y discípulo. Estoy agradecido con mi Guru que ve más allá de mis limitaciones y me da la bienvenida como un miembro en la familia de Dios.

